

**el puchero misterioso**



GUILLERMO DAVID

# el puchero misterioso

plagios, simulacros, embustes  
y otros ademanes peronistas

**M**eridión

---

David, Guillermo

El puchero misterioso : plagios, simulacros, embustes y otros ademanes peronistas / Guillermo David. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfredo Germán Spano, 2021.

142 p. ; 20 × 13 cm.

ISBN 978-987-88-0756-0

1. Literatura. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

---

*Colección Bitácora*

DISEÑO

Gustavo Ibarra

EDITOR RESPONSABLE

Alfredo Germán Spano

© Meridión

[www.revistameridion.com](http://www.revistameridion.com)

Buenos Aires, Argentina

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ISBN 978-987-88-0756-0

Primera edición, Agosto de 2021.

Impreso en Argentina.

Hecho el depósito que establece la ley 11.723.

*A Mabel Amanda, mi madre,  
la más bella cantante de canciones tristes.*



Los Ninjas no nadan.

El canibalismo no está penado por la ley.

El incesto tampoco.

La necrofilia, menos.

Durante la Larga Marcha —la épica huida del Ejército Rojo a través de toda China—, Mao Tsé-tung sufría de estreñimiento severo debido al casi exclusivo consumo de arroz. Solía pasar un par de semanas antes de que, como decía mi abuela, pudiera «ir de cuerpo». En esas ocasiones y teniendo en cuenta que los baños, en condiciones de guerra errante, eran apenas unos agujeros improvisados en la arcilla —unas letrinas colectivas que ofrecían el íntimo espectáculo a la vista de todos—, se producía una manifestación de centenares de personas que celebraban con vítores y aplausos cada una de las evacuaciones gaseosas, líquidas o sólidas del Gran Timonel.

Así se construye un líder.

En esos años Mao escribió uno de sus más famosos aforismos, cuyo motivo acaso estribe en aquellas incómodas circunstancias: «Estoy solo, con las masas».

Joyce le escribía cartas de amor a Nora Barnacle elogiándole sus pedos.

Aristóteles era pedófilo y esclavista.

Renato Descartes creía que el alma reside en la *glándula pineal*, un pequeño pendorcho escondido en la base del cráneo.

Hasta Lavoisier nadie ponía en duda que el origen de toda combustión era una sustancia etérea contenida en los cuerpos a la que

llamaban *flogisto*. Era algo así como la *burra* de las ciencias: un objeto imposible pero necesario desde el punto de vista lógico. Como Dios.

Hegel, el filósofo de la Dialéctica, el Espíritu Absoluto y la Razón de Estado, creía en la *Frenología*, que determina el carácter de la persona por la forma del cráneo y los rasgos de la cara. También sostenía que América era tan inferior a Europa que hasta el canto de sus aves lo era, tal como lo demuestra la comparación entre un loro y un ruiseñor.

Hegel murió cagando durante la epidemia de cólera de 1831. Algunos años antes había declarado con orgullo haber visto al Espíritu Absoluto a caballo paseándose por su pueblo. Era el petiso Napoleón nomás.

Por lo demás, consideraba a la mujer apenas un dato biológico.

Los siglos XIX y XX fueron inocultablemente hegelianos.

Hitler no era ario.

«Dios no tiene religión», decía Gandhi. Que era ario.

Hitler y Gandhi eran vegetarianos.

Nietzsche tomaba mate.

En virtud de la consolidación del Eje, Hitler declaró *Arios Honorarios* a todos los japoneses.

Himmler llegó a decir que chinos y japoneses descienden de los dioses, como los arios. Pero de otros dioses. No sea cosa.

Lenin era mongol.

Los mongoles son los gauchos de la estepa. Resistieron la rusificación, la sovietización, y la sinización. Cinco mil años así.

El nomadismo es la estrategia más eficaz de resistencia del débil. La contumaz historia del pueblo gitano lo demuestra.

Bruce Chatwin rastreó la vida y los caminos de los nómades del mundo porque creía que sólo ellos sobrevivirían a la catástrofe nuclear. No consideró un hecho ya para entonces bastante evidente: todo indica que la extinción de la humanidad vendrá gracias a los virus desparramados por el mundo, entre otros, por los propios nómades, sus portadores involuntarios. De hecho, el propio Chatwin murió debido a uno de esos virus migrantes.

El *Martín Fierro* fue traducido a una lengua extraterrestre, el *var-kuletz*, por un tal Eustaquio Zagorski, cuya madre era nacida en Ganimedes. ¡Eso es un clásico! Ni la *Ilíada*, ni la *Divina Comedia* alcanzaron tanto.

De un diccionario de portugués mozambicano:

*Murungo*: Espíritu maligno enviado por los hechiceros con la intención de hacer que el destinatario enferme y sufra hasta morir.

*Murungo*: Dios.

Por otra parte, en Maputo *conseguir* se dice «...não desconseguir».

Decir que algo no es imposible no es lo mismo que decir que es posible.

Dos revoluciones simétricas:

La Revolución Peronista nombró director del Departamento de Asuntos Indígenas a un indio analfabeto. Fue muy criticada la medida, por cierto.

La Revolución Libertadora nombró en la Biblioteca Nacional a un ciego. Hasta el día de hoy se lo celebra.

El impresionismo es el invento de un miope que ignoraba serlo.

El primer cuadro que vendió Cézanne fue comprado por un ciego.

Mientras conspiraba desde Puerta de Hierro, Perón miraba dibujitos animados. Sus predilectos eran *La Pantera Rosa* y *Mister Magoo*. Solía invitar a sus visitantes —oscuros sindicalistas con camperas negras y urgentes guerrilleros más o menos clandestinos— a compartir esos raros momentos que, según testimonios, podían llegar a durar varias horas. Todos, sin excepción, lo veían como una misteriosa iniciación. O una puesta a prueba.

En su vejez el multimillonario Howard Hughes decía que ya no le quedaba más placer que leer historietas y malograr vidas ajenas «para frustrar la curiosidad y confundir al tedio».

La Gran Hambruna que hacia el '59 dio paso a la muerte de unos treinta millones de personas en China se debió, entre otros factores, a la campaña de exterminio de gorriones. Mao Tsé-tung dictaminó una mañana que esas temibles aves eran una plaga maléfica y había que hacerlas desaparecer. Eligió un método eficaz y terrible: durante días enteros millones de chinos se turnaban para golpear ollas y sartenes y hacer ruidos insoportables que espantaran a los pajaritos. Desesperados, aturdidos, los gorrioncitos se mantenían en vuelo hasta que el corazón no les daba más. Depredadores naturales, al desaparecer de los campos proliferaron las langostas y demás bichos que, voraces, liquidaron dos cosechas. Y, por ende, a sus consumidores.

Una década más tarde la campaña de exterminio de intelectuales conocida por el eufemístico nombre de *Revolución Cultural* dio paso al capitalismo.

Evidentemente, Mao no había leído sobre el efecto mariposa en Chuang Tzu.

«Sólo a una mariposa con delirios de grandeza paranoicos se le puede ocurrir que ella provocó el huracán». Salvador Benesdra, suicida.

El término *macana* proviene del taíno, los primeros indígenas americanos contactados, esclavizados y exterminados por los españoles en La Española, es decir, la actual República Dominicana. Significa, naturalmente, macana, es decir, garrote, arma de guerra. Que no menos naturalmente resultó inútil frente a cañones, espadas, caballos y arcabuces.

La exclamación ¡Qué macana! obedece a un desplazamiento semántico que alude a un mal irremediable, cometido o padecido, que parece mentira. Hacia 1910 Tobías Garzón daba en el *Diccionario Argentino* la definición de macana como «adefesio, despropósito, disparate, extravagancia». Y también: «insignificancia». Un siglo después nadie le atribuiría esos significados.

*Macanudo*, asignándole un sentido amable, casi contrario a macana, descende de ella. Garzón lo equipara a «excelente, magnífico». Aunque los etimologistas sostienen que esta definición estaría originada en un dudoso escocés de apellido Mc Cann, dueño de un bar en Buenos Aires a comienzos del siglo XIX, que contaba chistes y al parecer era un tipo macanudo. De allí provendría la expresión *macanear*, por bolacear, el popular deporte del estaño que, por otra parte, es diferente del mero mentir; más bien indica la enunciación de relatos inverosímiles con que los paisanos amenizan sus ocios.

Por lo demás, en Ecuador llaman *macana* a un tejido tradicional indígena del sur.

Hacia 1818, durante la quinta guerra cafre desatada en el sur del África, un profeta conocido como *Makana el Zurdo* vaticinó la victoria contra los blancos; su dios, Dalipido, sometía en sueños a «Tixo» (Cristo), el dios de los europeos. Sin embargo, las balas blancas no respetaron ese augurio.

Lo mismo le sucedería siglo y medio más tarde a los combatientes del Che Guevara en Angola que iban al muerte, la cabeza en alto, bajo la sola protección de ensalmos mágicos que debían su escasísima eficacia a la mala puntería de sus enemigos.

Hacia 1856 la profetisa Nongqause recibió en sueños el mandato del Zurdo Makana de desatar una guerra de recursos —algo así como el éxodo jujeño— contra los invasores. Los xhosa debían quemar las cosechas y sacrificar sus ganados; los blancos serían arrojados al mar. Un historiador lo llamó «genocidio involuntario»: miles de adeptos de Nongqause murieron por las hambrunas y pestes que sus propios actos acarrearón. Flor de macana se mandaron.

Los esclavos traían escondidas en muñecas vudú las semillas de la que sería conocida como *Fumo de Angola* o *Maconha*, deformación de *Makana*, que al parecer significaba «hierba sagrada» en algún dialecto africano. Aunque lo más probable es que fuera un anagrama de *Canhamo*, cáñamo en español.

En Kenia, si dos hombres riñen y uno mutila al otro (lo usual en esas circunstancias es rebanarle una oreja) el agresor puede escoger compensarlo con un carnero, que es rápidamente sacrificado y devorado por ambos. Ello evita la cadena de venganzas (las familias deben asumir las ofensas cometidas contra alguno de sus miembros) interrumpiendo así la ampliación y continuidad del conflicto.

La sangrienta revuelta de los Nyabingis en Ruanda, que pasaron a degüello a los colonos belgas en una noche, fue sofocada gracias a los oficios de un antropólogo.

Tras fracasar todos los intentos de represión por parte del ejército invasor (era imposible y muy peligroso seguirlos en las selvas donde, dueños del territorio, los Nyabingis liquidaban las partidas punitivas en escaramuzas invisibles) los belgas capturaron un carnero, lo fusilaron con honores, lo descuartizaron y se lo comieron en la plaza de la ciudad principal. Como era su animal totémico, dato aportado por el antropólogo, las huestes Nyabingis huyeron despavoridas.

En 1872, el mismo año de publicación del *Martín Fierro*, un paisano de apellido Solané apodado *Tata Dios* encabezó en Tandil una partida de gauchos que pasó a degüello a todos los italianos.

*Hamaca* es otra palabra legada por los taínos. *Coy*, que siempre adjudiqué a indios imaginarios, acaso guaraníes, en realidad proviene del holandés: se llamaba así a las hamacas de los barcos en las que dormían los pelirrojos esclavistas neerlandeses que arrasaban el África.

*Pipsqueak*: «alguien irrelevante, que no merece respeto», espeta sucinto el *Cambridge Dictionary*. Origen indudable del *piscuí* lunfardo del que abusaba Minguito Tinguitella y que siempre dimos por cocoliche napolitano.

El suicidio no es delito.

Ni la profanación de un cadáver.

Sócrates y Jesús cometieron suicidio. Como Judas.

Schopenhauer, Nietzsche y Cioran, pesimistas radicales que recomendaban el suicidio, no.